



Aproximaciones literarias



El lenguaje en las novelas del Bogotazo*

Lida Marcela Pedraza Quinche
Docente
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central

La hipótesis de este trabajo acerca de que en las novelas del 9 de abril se evidencia la ruptura de la idea de progreso de la Modernidad en la fragmentación del espacio urbano, se complementa con el lenguaje que se presenta en estas novelas, al constituirse éste en un elemento simbólico de esta ruptura, pues en

estas novelas se busca contar, a partir de los intercambios lingüísticos de las distintas clases sociales, cómo en la ciudad de los años cuarenta se hacen notorias las relaciones de poder y las condiciones políticas del momento. En el lenguaje empleado por los personajes de las novelas se busca mostrar dos tipos de voces:

* Fragmento del segundo capítulo de la tesis de grado «La ruptura de la idea de progreso de la Modernidad en las novelas del Bogotazo», calificada como meritoria. Trabajo presentado como requisito para optar el título de magíster en literatura de la Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

por una parte, la voz de la sociedad aristocrática, y por la otra, la voz del pueblo. Esta es la voz que adquiere mayor connotación en las novelas, ya que se trata del habla que no tiene acceso a la “lengua oficial”.

Además de que en las novelas se muestran las diferencias políticas entre los partidos políticos, el significado que adquiere la noción de lengua es un elemento importante de este análisis, pues es a través de ésta que se establece una distinción entre las clases dirigentes, en general, y el «pueblo».

Mientras las novelas del siglo XIX en Colombia trazaron un proyecto unificador, es decir, pretendían mantener una idea de nación en la que los proyectos políticos estaban orientados a crear vínculos sociales a pesar de las diferencias que existieran en la sociedad, las narrativas del 9 de abril, analizadas aquí, no trazan una concepción de nación¹, pues sus narraciones, que se centran en la diversidad cultural del pueblo colombiano no están suscritas a un proyecto ideológico común, donde la nación se unifique, sino que, por el contrario, pretenden dilucidar la fragmentación de la sociedad. Es por eso que en estas novelas hay una marcada tendencia a resaltar la cultura oral

de las clases bajas; es decir, a diferencia de los proyectos anteriores, éstas lo que buscan es captar la voz del otro, en este caso la voz de lo popular. Es una literatura de relatos alternativos. La historia que se registra en estas novelas no es la historia de quienes detentan el poder, sino, como escribe Osorio Lizarazo en *El día del odio*, es la historia de las ruindades, es decir, la historia del otro, no es la historia construida por el Estado.

En el capítulo VII de *El día del odio*, cuando el narrador está haciendo alusión a la escena de la cárcel de correccionales, dice:

[...] Una hermana de la Caridad vino a rezar el rosario y se dieron las más severas órdenes de silencio. Empleadas de la cárcel, armadas con bolillos como los policías, vigilaban la compostura e impedían que las reclusas se cambiaran de cama.

Y así desfilaron los días, corrosivos y enervantes. En las lentas conversaciones, en el simple contacto con las extraviadas, en la relación de sus ardides y sus astucias, en la historia de sus ruindades y de sus experiencias, fulgía una llama oscilante de odio y de relajación, que se contagiaba al espíritu de Tránsito, hasta entonces ingenuo y sencillo².

¹ Al realizar una revisión a los textos con los que se enseña Español y Literatura en la educación secundaria, escritos por Lucía GONZÁLEZ DE CHAVES, encontramos que en ninguno de estos aparecen recomendadas las novelas del 9 de abril, lo que nos permite asegurar que éstas no hacen parte del canon de la literatura nacional. En la lista de novelas sugeridas a los estudiantes para leer y analizar, se encuentran por ejemplo: *Cuatro años a bordo de mí mismo*, de Eduardo ZALAMEA BORDA; *Después empezará la madrugada*, de Fernando SOTO APARICIO; *Diana Cazadora*, de Clímaco SOTO BORDA; *Don Mirócleles*, de Fernando GONZÁLEZ; *El carnero*, de Juan Rodríguez FREYLE; *El Cristo de espaldas*, de Eduardo CABALLERO CALDERÓN; *El rejo de enlazar*, de Eugenio DÍAZ CASTRO; *La marquesa de Yolombó*, de Tomás CARRASQUILLA; *La rebelión de las ratas*, de Fernando SOTO APARICIO; *Manuela*, de Eugenio DÍAZ CASTRO; *María*, de JORGE ISAACS; *Mientras llueve*, de Fernando SOTO APARICIO, entre otras. Y de los autores analizados en esta tesis, señalan de José Antonio OSORIO LIZARAZO, la novela *El hombre bajo la tierra*, y de Manuel ZAPATA OLIVELLA, *Tierra mojada*.

² En Colombia, apenas hacia los años de 1930 se empezó a pensar en la posibilidad de reconocer los derechos civiles y patrimoniales a la mujer. En el ensayo «Nada volvió a ser lo mismo, pero todo siguió igual», Sergio OTÁLORA MONTENEGRO señala que: «(...) Fue en 1930, cuando el partido liberal llegó al palacio de los presidentes, sobre los hombros victoriosos de OLAYA HERRERA, que se empezó a discutir la posibilidad de darle derechos civiles y patrimoniales a la mujer. En 1937 entró a la Universidad Nacional el primer contingente femenino, y en 1943 se graduó la primera abogada, Gabriela PELÁEZ ECHEVERRI, una mujer hermosa, según quedó registrado para la historia en la revista *Semana* del mes de enero de 1948 (...) ‘La mujer es un ser inferior’, sentencia ‘Calibán’, desde su ‘Danza de las horas’, en el periódico *El Tiempo* (51)».

De otra parte, es dentro de la política del gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla cuando la mujer adquiere sus derechos políticos. Magdalena VELÁSQUEZ TORO escribe en su ensayo *Condición jurídica y social de la mujer* que «La Asamblea

La expresión «La historia de las ruindades» significa en el texto que lo que se cuenta es la historia de vida de, en este caso, de las mujeres marginadas y vejadas por la sociedad³.

Más adelante en el mismo capítulo del libro, el escritor, en este caso un Osorio Lizarazo letrado, escribe:

Esa mezcla turbia de residuos sociales, de detritos, de prófugos de la justicia, de obreros sin trabajo, de miserables, de perseguidos, de hampones, es la autora material de los grandes hechos del progreso humano, por cuanto ha sido la fuerza que los ha llevado a cabo, y sobre su anonimato descansa la epopeya. Los intelectuales de las clases media y alta, que en la hora decisiva se esconden temerosos, son los que escriben la historia; pero es la plebe quien la hace. Al final de la convulsión, cuando vuelve la hora de los remansos, hay que reconocer los hechos cumplidos, aun cuando sea para censurarlos. Y sólo al cabo del tiempo se hace preciso convenir en que los excesos de la plebe fueron los que colocaron los grandes hitos de la evolución histórica³.

Leemos en este último fragmento cómo Lizarazo hace referencia a la plebe, calificativo que está contenido en esa sociedad anómica, «miserable», que yace en el subfondo, y término cuyos sinónimos el escritor acompaña con otros como populacho, chusma, gentuza, turba, hampa, canalla. Esta aproximación al concepto de masa termina por ratificar la aparición en

las ciudades burguesas y ya casi masificadas de esa ciudad marginal, a la que se ha hecho mención y que en estas novelas se representa principalmente en la voz del pueblo que sale a protestar el día de la insurrección.

En el capítulo VIII de *El día del odio*, Osorio Lizarazo escribe en algunos fragmentos una disertación sociológica y política acerca de las clases sociales y la manera como se suscitó la noción de progreso en la modernidad. Hace referencia en su narración a la vida en los barrios suburbanos.

Las citas anteriores nos permiten continuar afirmando que en las novelas del Bogotazo elegidas en este análisis, el rasgo que las caracteriza es que en ellas se hace más relevante la voz no oficial, en contraste con la voz oficial. La literatura de estas tres novelas reproduce la trama social del momento. A este respecto, se hace pertinente mencionar lo que afirma Ricardo Piglia en su conferencia *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*, en la cual indaga acerca de las alternativas que propone la literatura para narrar lo real. Piglia dice:

Los vencedores escriben la historia y los vencidos la cuentan [...].

La verdad es un relato que otro cuenta. Un relato parcial, fragmentario, incierto, falso también, que debe ser ajustado con otras versiones y otras historias.

Me parece que esta noción de la verdad como horizonte político y objeto de lucha podría

Nacional Constituyente, mediante acto legislativo n. 3 de 1954, otorgó a la mujer el derecho a elegir y ser elegida; sin embargo, la votación no fue unánime. Los diputados Guillermo León VALENCIA, Juan URIBE CUALLA y Álvaro LLOREDA presentaron una proposición según la cual la ley debía reglamentar el ejercicio del sufragio femenino, para darle particulares garantías que la protegieran» (57). [...] «Colombia fue de las últimas repúblicas latinoamericanas en reconocer la plenitud de derechos políticos a las mujeres. El ejercicio activo del sufragio femenino se inició en el año 1957 con el plebiscito, en una coyuntura caracterizada por el caos económico, violentas contradicciones sociales y cuando el país salía de la guerra fratricida conocida como la Violencia. Una vez derrocado el régimen militar y con el objeto de 'civilizar' los comicios electorales, se convocó a la mujer como personera de la paz, para salvar al país del caos en que se hallaba sumido. La prensa realizó campañas, entrevistas y demás formas de motivación de la población femenina para participar activamente en el proceso plebiscitario. Los comités femeninos de los partidos tradicionales realizaron campañas para promover la cedulación de las mujeres» (58).

³ José Antonio OSORIO LIZARAZO. *El día del odio*. Bogotá: El Áncora Editores, 2000, pp.94-5.

ser nuestra primera propuesta para el próximo milenio. Existe una verdad de la historia y esa verdad no es directa, no es de algo dado, surge de la lucha y de la confrontación y de las relaciones de poder⁴.

La anterior cita permite ampliar más la noción de que las novelas del 9 de abril se caracterizan por hacer aparecer con más notoriedad la voz no oficial en lugar de la voz oficial. Esto, en relación con lo que afirma Ricardo Piglia, significa que la intención que tuvieron los autores al escribir estas novelas fue la de contar la historia de los sucesos del 9 de abril desde la perspectiva de lo que él llamaría «los vencidos», pues en estas obras sobresale la voz de los otros más que la voz de quienes detentan el poder, que fue por tradición la forma como la historia contaba los sucesos. De ahí que Ricardo Piglia afirme que la verdad es un relato parcial que debe ser ajustado con otras historias, y que surge de la afrenta que se suscita por las relaciones de poder. Para el caso de los textos analizados, el ajuste de la historia se da cuando aparece la voz de aquellos considerados dentro de la sociedad como marginales, que son además, quienes se constituyen en la confrontación y lucha con quienes han detentado una hegemonía dominante.

Esto nos lleva a revisar la relación entre lenguaje y poder, que es a la que hace alusión el historiador Malcolm Deas en su libro *Gramática y Poder en Colombia*. Para Deas, «la gramática, el dominio de las leyes y de los misterios de la lengua era un componente muy importante de la hegemonía conservadora que duró desde 1885 hasta 1930, y cuyos efectos persistieron hasta tiempos mucho más recientes»⁵.



Por otra parte, el ensayista mexicano Julio Ramos al estudiar la relación del lenguaje y la política en Andrés Bello, dice que para éste:

La gramática no es sólo un registro del uso de la lengua, sino como un aparato normativo que provee, partiendo del ejemplo de la “gente instruida” (aquellos con acceso a las letras), las leyes del saber decir. De ahí que la gramática, como dispositivo pedagógico, ocupara un lugar intermedio entre el habla (irreflexiva) y la racionalidad de la escritura. La gramática abstrae de las letras las leyes que podían disciplinar, racionalizar, el uso popular de la lengua⁶.

Esta relación de lenguaje y poder la vemos reflejada en las narraciones de las tres novelas del 9 de abril de 1948, que he venido analizando, donde se muestra la pertenencia a dos estilos de lenguaje, el de la clase media urbana y el del pueblo.

La clase media urbana era aquella clase perteneciente a la ciudad burguesa. En Bogotá, como en otras partes, esta clase se debía

⁴ Ricardo PIGLIA. *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 30.

⁵ Malcom DEAS. *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1997, p.28.

⁶ Julio RAMOS. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

distinguir de las demás personas en la manera de hablar. Si se utilizaba un lenguaje culto se pertenecía a las clases elevadas, pero si, por el contrario, se hablaba chabacano era porque se había vivido en atmósferas donde no saben otro lenguaje. Uno de estos representantes de familias que se dedicaron al estudio y a la literatura fue Miguel Antonio Caro, hijo del poeta y filósofo José Eusebio Caro, quien pese a no poseer grandes tierras ni riqueza comercial y pese a que su abuela le aconsejaba no meterse en política, sí lo hizo:

Caro estaba destinado, inequívocamente, para la política. Es representante de cierta clase, pero de una clase que tiene su existencia en el gobierno, no en ningún sector o faceta particular de la economía. Es heredero de la antigua burocracia del imperio español, tal como los Cuervo, los Marroquín, los Vergara. Estas familias estaban acostumbradísimas al poder, sin poseer grandes tierras ni riqueza comercial. En eso se manifestaban no interesadas, o mejor, desinteresadas: el poder sí les interesaba. No les parecía, en lo más mínimo, anormal o inverosímil que éste fuera ejercido por letrados, como muchos de sus miembros, cuyos antepasados habían venido a las Américas a gobernar a cualquier título. Para los letrados, para los burócratas, el idioma, el idioma correcto, es parte significativa del gobierno. La burocracia

imperial española fue una de las más imponentes que el mundo haya jamás visto, y no es sorprendente que los descendientes de estos burócratas no lo olvidaran; por eso, para ellos lenguaje y poder deberían permanecer inseparables⁷.

En las novelas *El día del odio* y *Viernes* 9 podemos analizar esta relación intrínseca entre lenguaje y clases sociales. En *El día del odio*, Osorio Lizarazo pone a hablar a Tránsito Hernández como una «india»⁸, cuya categoría sería inferior a la de su «señora Alicia». El diálogo entre estas dos mujeres señala las diferencias lingüísticas entre la patrona y la sirvienta:

- ¡Cómo le parece la india ésta, ladrona!
¡Quién lo diría, tan hipócrita! Así son todas...
- ¿A yo me dice, mi señora?
- ¿A quién más? ¿Sabe lo que pasa? ¡Se me larga de aquí inmediatamente! ¡Pero ya! ¡Coja sus chiros y se larga! ¡Ni un minuto más quiero ladrones en la casa!
- ¿Pero yo qué me he robao, mi señora? — respondió angustiada, Tránsito. ¡Jamás les he tocao nada, jamás he puesto mis manos sobre algo que no sea mío!
- ¿Sí? ¿Y dónde estaba la cadenita de mi señora Enriqueta? ¿No la tenía escondida en su inmunda estera?

⁷ DEAS, p.42.

⁸ Eduardo PUTNAM TANCO, en una carta que le dirige a OSORIO LIZARAZO le escribe acerca del lenguaje empleado en su novela: «Lo mejor de su libro es eso que usted hace del lenguaje bogotano. Casi toda la novela está escrita en 'bogotano', en nuestro tan peculiar modo de hablar. De esta suerte las palabras 'cachacas' tienen un poder de rememoración muy grande. Cuando leía los diálogos entre sus personajes fluía a mi memoria toda mi niñez; acudían los paisajes de los Cerros de Bogotá, de el Chorro de Padilla, de la Gata Golosa, a donde llevamos las sirvientitas de la casa y las costureras de las hermanas mayores para 'castigarlas'. Recuerdo gráficamente a las indiecitas que venían de la Unión y de Choachí, conduciendo sus carguitas sobre la espalda o la cabeza; las chicherías de las Cruces a donde íbamos a piquetear cuando 'chapábamos' colegio. El lenguaje vernáculo tiene tanta sugerencia como el perfume o la música y hay tantas palabrejas ligadas a mi infancia que reviví el Bogotá del 900. La trama de la novela es de una sencillez elemental. Y es que cuando se escribe la verdad, la fantasía sobra, su pluma corre humedecida en la vida de nuestra hampa sin necesidad de combinaciones, artificios o situaciones inventadas. Echó para afuera todo aquello que sus ojos han contemplado, su corazón sentido y su inteligencia comprendido. Dentro de la violenta narración de su libro hay un magnífico estudio sociológico: los antecedentes al 9 de abril, sus causas remotas, su justificación y su inevitabilidad».

Ya le dije: a la calle inmediatamente. Y agradezca que no llamo un policía para entregársela por ladrona.

Tránsito cayó de rodillas

—¡Mi señora, yo no he tocao esa cadenita!
¡Se lo juro, su mercé! ¡Y no la he visto!

Pero Alicia no la escuchaba. Toda la adhesión de Tránsito, su lealtad, el sacrificio que representaba su trabajo sin suficiente alimentación, sin pago oportuno, desaparecía, no había existido nunca [...]⁹.

En la anterior cita podemos ver el lenguaje campesino y sumiso de la empleada, en contraste con el lenguaje autoritario de su patrona, quien la trata de manera despectiva. El tono de Tránsito frente a su Señora Alicia es muy resignado. Osorio Lizarazo busca imitar el habla de la «india», lenguaje que se asemeja al de Gaspar en la novela *Viernes 9*, cuando éste se acerca a Alfredo para solicitarle ayuda. Gómez Dávila, con el personaje de Gaspar, no sólo muestra la lealtad de los hombres humildes ante la cultura «superior» del patrón, sino también muestra las tensiones raciales y lingüísticas de la sociedad bogotana. En la novela, Alfredo, el propietario y comerciante bogotano hace alusión a Gaspar como «al indio», herencia de la finca de su padre.

Gaspar era una herencia de su padre. Había sido el viejo sirviente de confianza de la finca que, cuando hubo que venderla para saldar deudas patrimoniales, lo había seguido. El indio se acomodó a cuanto trabajo le pusieron que estuviese dentro de su capacidad, hasta llegar al de muchacho de almacén. Como a todos los de su raza, era imposible calcularle la edad; [...] Esta gente era pobre e infeliz porque no podía ser otra cosa; no era por falta de oportunidades como algunos ilusos reformistas querían hacer creer. Si Gaspar hubiera sido inteligente, si hubiera podido leer y escribir, si hubiera tenido suficientes aptitudes para haber recibido una educación, ¿quién podría decir que hoy no estaría de gerente del almacén? El no hubiera sido quien se lo hubiera impedido: al contrario. Pero esta gente no era solamente de una raza distinta, sino una especie aparte; nada se podía hacer con ella; pertenecía a un mundo muerto, a una civilización abortada o extinta. Viven como bestias salvajes, prefiriendo la cueva en tinieblas y solitaria, al campo abierto y al sol. No pueden entender ningún aspecto de la vida moderna¹⁰.

En el anterior fragmento de la novela podemos apreciar cómo Alfredo hace referencia, aunque no de manera explícita, a una comunidad superior a la de «esta gente» a la que pertenece Gaspar, quien hace parte de una raza



En las novelas *El día del odio* y *Viernes 9* podemos analizar esta relación intrínseca entre lenguaje y clases sociales.

⁹ OSORIO, p.17.

¹⁰ Ignacio GÓMEZ DÁVILA. *Viernes 9*. México: Impresiones Modernas, 1953, pp.50-1.

diferente, que viven como bestias salvajes y no ha podido entender los aspectos de la vida moderna. Esa diferencia tajante marca la brecha racial y cultural a la que hemos hecho referencia, además contribuye a enfatizar en la ruptura de la idea de progreso de la modernidad. Ruptura que visibiliza que sólo unos privilegiados entienden esta concepción de lo moderno y tienen acceso a ella.

En la misma novela, en unos diálogos posteriores entre el patrón y el empleado, vemos cómo se marca de manera fuerte las diferencias en el habla de los dos personajes. Este diálogo



ocurre cuando Gaspar interrumpe a su patrón en la oficina, para suplicarle que le preste un dinero para pagar una deuda y comprarse un par de zapatos:

- Venía, patrón, a ver si su merced ya podía darme la platica de que le hablé el otro día [...]
- Fue, patrón, que como oí decir que su merced se va mañana para el «estranfero», quise recordarle al patrón, por miedo de que se le olvidara.
- ¿Quién diablos –gritó colérico–, te contó estas barbaridades?

– Pues no sé quién, patrón; aquí todo el mundo lo dice.

– Y suponiendo que fuera cierto –volvió a gritar–, ¿a quién le importa lo que yo haga?

– A mí no, patrón –contestó Gaspar con temor en la voz–; sí nos haría mucha falta el patrón yéndose po'allá tan lejos; pero, como dice el patrón, a mí no me importa [...]

– Patrón, le aseguro que yo no he dicho nada, y le prometo a su merced que voy a trabajar más duro «pa» que no «m'èche», porque ahí sí me tendría que poner a pedir plata por las calles¹¹.

En este diálogo Gómez Dávila resalta el tono servil del empleado en relación con su patrón, además de mostrar la inferioridad intelectual a partir del habla. Dávila reproduce entre comillas los errores y modismos del habla del campesino.

Esta relación entre lengua y poder que encontramos en las dos novelas también han sido analizada por Ángel Rama en su libro *La ciudad letrada*. Este crítico literario latinoamericano escribe, en su capítulo acerca de la ciudad letrada, que una de las características de la sociedad latinoamericana que se formó durante la Colonia y que se mantuvo después durante la Independencia fue la formación de dos lenguas. La primera, de carácter público, pertenecía a una sociedad cortesana y servía fundamentalmente para la escritura y las relaciones protocolarias de los miembros de la ciudad letrada. Y la segunda, de carácter popular y cotidiano, era utilizada en las relaciones sociales de un estrato bajo, es decir, de la plebe. Esta lengua estaba asociada a un sentido de ignorancia, corrupción y barbarismo. Con estos dos tipos de lenguas, Rama establece una separación entre dos tipos de ciudades:

¹¹ GÓMEZ, pp.118-9.

de una parte la ciudad letrada, poseedora de la escritura y de la ley; de otra parte, la ciudad real, poseedora de un habla más oral y popular, subordinada a la elite letrada. Acerca de esto, dice Rama: «El uso de la lengua acrisolaba una jerarquía social, daba prueba de una preeminencia y establecía un cerco defensivo respecto a un entorno hostil y, sobre todo, inferior»¹².

Por otra parte, y para continuar mencionando que en las novelas del Bogotazo se evidencia estos dos tipos de habla, en la novela *La calle 10*, de Manuel Zapata Olivella, el lenguaje que más prevalece en la novela es el popular. Los personajes de la calle pertenecen a la clase más baja de la sociedad y, por ende, sus expresiones corresponden al habla de la calle. Un hecho importante en esta obra es la presencia de un periodista, en este caso el ex boxeador «Mamatoco», y del poeta Tamayo, quienes son los encargados de promover un periódico al que llaman la *Voz del pueblo*. En este periódico tratan de denunciar las injusticias del capitalismo y de los politiqueros.

En el capítulo III de la novela aparece la alusión a este periódico como el medio que denuncia los atropellos de los de abajo.

De súbito el «Artista» dejó de tocar la flauta al ver que «Mamatoco» y el poeta Tamayo se acercaban vendiendo su periódico. Con la destreza que le caracterizaba para amoldarse a todas las situaciones, dijo con voz doctoral:

—Aquí vienen nuestros defensores. ¡He aquí al gran «Mamatoco» que denuncia desde su periódico todos los atropellos de que somos objeto los de abajo. Unos aplausos para él y para el poeta Tamayo que sabe inspirarse en nuestra miseria! [...] Hubo revuelo por adquirir los periódicos. El poeta los sacaba del abrigo en donde los escondía, mientras «Mamatoco» era rodeado por el grueso del

público que admiraba su rostro negro, sus espaldas anchas y sobre todo, porque se decía su defensor. El «Artista» leyó en voz alta el editorial: “Al pueblo no le queda otra salida que enfrentarse a sus opresores. Hasta cuándo va a permitir que los enriquecidos a su costa le marquen el camino de la miseria con la fusta de la demagogia...”. Inesperadamente varios policías irrumpieron con sus bolsillos, propinando golpes sobre cabezas y espaldas. Algunos de los espectadores se dieron a la huida, pero pronto los detuvo el grito poderoso de «Mamatoco»:

—¡Abajo la opresión! ¡Muera el mal gobierno! ¡Resistid a estos miserables verdugos!¹³.

Con esta cita se da a conocer que el periódico la *Voz del Pueblo* es el medio de expresión de las clases marginales. En este proclaman su conciencia de clase con respecto a la clase hegemónica-dominante. La expresión popular que aparece en *La Voz del Pueblo*, narrada como ficción en la novela, se encuentra escrita de manera real en el periódico *El Tiempo* del 16 de julio de 1943. Junto a la noticia: Desfile fúnebre acompañará hoy el cadáver de Mamatoco, aparecen algunos datos de *La Voz del Pueblo*. El texto periodístico dice así:

La Voz del Pueblo, periódico de Mamatoco, que aparecía con alguna periodicidad bajo el epígrafe de “Veritas Liberabunt Vos” y cuyo último número fue el 15, aparecido el 5 de julio, se ha convertido a la muerte trágica del púgil negro, en motivo de ávida curiosidad. Ejemplares de aquellas quince ediciones casi inéditas son buscados. Ahora con impaciencia intrigante por el público en puestos de periódicos y en las imprentas. Generalmente se cree que en aquella colección en que Mamatoco dejó su alma de sencillo apasionado por las reivindicaciones de las gentes

¹² Ángel RAMA. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984, p.46.

¹³ Manuel ZAPATA OLIVELLA. *La calle 10...* Bogotá: Editorial Printer Colombiana, 1986.



Para continuar mencionando que en las novelas del Bogotazo se evidencia estos dos tipos de habla, en la novela *La calle 10*, de Manuel Zapata Olivella, el lenguaje que más prevalece en la novela es el popular.

humildes, puede encontrarse la clase del motivo que impulsó a los criminales para suprimir la vida inquieta del negro popular que trasegó por todos los caminos de la acción intelectual y material. Sin embargo, en aquellas hojas de *La Voz del Pueblo* seguramente no se agazapa la verdad oculta que hoy es buscada no sólo por un público consternado sino también por la justicia.

Libertad y Vida

El número 8 apareció el 5 de diciembre de 1942 [...]

En *Libertad y Vida* dice:

La libertad bien vale la vida, porque la vida sin libertad es un escombros que estorba en todas las latitudes de la tierra; los seres humanos hemos nacido para ser libres, para ejercer todos los derechos que la naturaleza nos ha otorgado... [...] Publica unos versos titulados “La Muerte”, una de cuyas estrofas dice: «Es la muerte hoy su compañera –mañana ya lo seré yo porque la muerte a todos nos separa– como el panteón que el hombre levantó». –En “Lenidad” protesta contra la lentitud judicial y contra la corruptela. En “Cómo viven los agentes de policía”, dice: «Nuestro pobre periódico no ha sido sino como un memorial sin conducto regular dirigido a los que tienen la sagrada obligación de ver lo injusto; nuestro humilde periódico es una carta abierta a la administración pública».

En el mismo número ataca a los ecónomos de la policía porque «hacen y deshacen con la alimentación de los agentes y se la cobran al precio que les parezca». Y en carta enviada a *El Espectador* asegura: «[...] y si yo pudiera algún día gobernar a Colombia mandaría matar a todo el que robara para acabar con el problema social que tanto aqueja al país». Igualmente se admira de que hagan trabajar a los peluqueros de la policía los días feriados y habla de la desmoralización de las gentes sin trabajo [...].

Látigo y verdades

El número 9 apareció el 8 de enero de este año. Pide en él que se abra un censo para la inscripción de los desocupados y aumento de sueldo para la policía. Solicita para el detectivismo enfermeros, drogas, menajes para comisiones, reparto más racional del trabajo y reglamentación de descansos y franquicias. Trata de probar que «el pueblo no elige, a él lo eligen», y en otro artículo dice que «los guardianes de las cárceles son los servidores públicos más abandonados» [...]. Y en el número 10 del 5 de febrero [...] publica unos versos con el título de [...] “Destino”, una de cuyas estrofas dice así:

No busques ambicioso la luz de la verdad.
Deja que el mundo diga lo que el Destino
guarda para la humanidad. Pensando que
algún día, las alas del misterio nos traigan
más completa la austera realidad.

Como se puede apreciar, Mamatoco no era muy 'pedracielista' que digamos; seguía de lejos tendencias clásicas y material semejante es el que se halla en todas y cada una de las ediciones de *La Voz del Pueblo*; habla muchas veces sobre el mismo tema y lo hace con un desenfado total, virtiendo sobre las cuartillas su pensar, que siempre es ingenuo y bonachón.

Este texto periodístico nos amplía la noción de «habla» acerca de la cual se ha dicho que se caracteriza por patentar las jerarquías sociales. El periódico *La Voz del pueblo*, del cual se escribe en la novela y al cual se hace alusión en la noticia periodística, revela en sus contenidos los reclamos que ejerce la voz no oficial ante las instancias poseedoras del poder. **U**

Bibliografía

- DEAS, Malcom. *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1997.
- "Misteriosamente asesinado 'Mamatoco' de 19 puñaladas". Bogotá: *El Tiempo*, 15 de julio, 1943.
- "Desfile fúnebre acompañará hoy el cadáver de Mamatoco". Bogotá: *El Tiempo*, 16 de julio, 1943.
- Inhumado "Mamatoco". "2.000 personas llevaron el cadáver al cementerio ayer". Bogotá: *El Tiempo*, 19 de julio, 1943.
- GÓMEZ DÁVILA, Ignacio. *Viernes 9*. México: Impresiones Modernas, 1953.
- GONZÁLEZ DE CHAVES, Lucila. *Español y Literatura*. Tercer año de enseñanza media. Medellín: Editorial Bedout, 1981.
- OSORIO LIZARAZO, José Antonio. *El día del odio. Una novela sobre el 9 de abril*. Bogotá: El Áncora Editores, 2000.
- OTÁLORA MONTENEGRO, Sergio. "Nada volvió a ser lo mismo, pero todo siguió igual". En GONZÁLEZ URIBE, Guillermo. *El saqueo de una ilusión. El 9 de abril: 50 años después*. Bogotá: Número Ediciones, 2002.
- PIGLIA, Ricardo. *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- TANCO, Putnam. *Carta manuscrita a Osorio Lizarazo*. Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo JAOL, N. de sistema 128. Caja V, Carpeta 35 (25-32). Barranquilla, marzo 27 de 1952.
- VELÁSQUEZ TORO, Magdalena. "Condición jurídica de la mujer". En *Nueva Historia de Colombia*. Vol. IV. Educación y Ciencias, Luchas de la Mujer, Vida Diaria. Bogotá: Editorial Planeta, 1989.